

□ Tiempo de lectura: 4 min.

Un secreto para localizar

Es bien sabido que la fama de Don Bosco y su capacidad de realización se extendieron por toda Italia. Como tuvo éxito en tantas empresas, muchas personas le pidieron consejo sobre cómo hacer lo mismo.

¿Cómo encontrar los fondos para construir una iglesia? La señora Marianna Moschetti de Castagneto di Pisa (hoy Castagneto Carducci-Livorno) se lo pidió expresamente en 1877. La respuesta de Don Bosco del 11 de abril, por su brevedad y sencillez, es admirable.

Punto de partida: conocer la situación

Con la sabiduría práctica que le venía de su educación familiar y de su experiencia como fundador-constructor-realizador de tantos proyectos, Don Bosco se remanga y escribe inteligentemente que “sería necesario poder hablar entre nosotros para examinar qué proyectos se pueden realizar y qué probabilidad hay de poder llevarlos a cabo”. Sin un sano realismo, los mejores proyectos siguen siendo un sueño. El santo, sin embargo, no quiere desanimar enseguida a su corresponsal, por lo que añade inmediatamente “lo que me parece bien en el Señor”.

En nombre del Señor

Se podría decir que empieza bien con esto “en el Señor”. De hecho, el primer consejo que da a la señora, y por tanto el más importante, es “rezar e invitar a otros a rezar y recibir con frecuencia la Comunión eucarística, como medio más eficaz de merecer sus gracias”. La Iglesia es la casa del Señor, que no dejará de bendecir un proyecto eclesial si es impulsado por quienes confían en Él, por quienes le rezan, por quienes viven la vida cristiana y hacen uso de los medios indispensables. Una vida de gracia merece ciertamente las gracias del Señor (Don Bosco está convencido de ello), aunque todo sea gracia: “Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan en ella los albañiles”.

La colaboración de todos

La Iglesia es la casa de todos; ciertamente, el párroco es el primer responsable, pero no el único. Por tanto, los laicos deben sentirse corresponsables y entre ellos los más sensibles, los más disponibles, quizá los más capaces (los que hoy podrían formar parte del consejo pastoral y económico de cada parroquia). He aquí, pues, el segundo consejo de Don Bosco: “Invita al párroco a ponerse a la cabeza de dos comités lo más numerosos posible. Uno de hombres, el otro de mujeres. Cada

miembro de esta comisión suscribirá una oblación dividida en tres plazos, uno por cada año”.

Notamos: dos comités, uno masculino y otro femenino. Por supuesto, en aquella época las asociaciones masculinas y femeninas de una parroquia estaban normalmente separadas; pero ¿por qué no ver también en ellas una “competencia” leal y justa en hacer el bien, en gestionar un proyecto con sus propias fuerzas, cada grupo “a su manera”, con sus propias estrategias? Don Bosco sabía lo mucho que él mismo estaba en deuda económica con el mundo femenino, con las marquesas, las condesas, las mujeres de la nobleza en general: normalmente más religiosas que sus maridos, más generosas en obras de caridad, más dispuestas a “ayudar en las necesidades de la Iglesia”. Apostar por ellas era sabiduría.

Ampliar el círculo

De hecho, Don Bosco añadió inmediatamente: “Al mismo tiempo, cada uno debe buscar donantes en dinero, en trabajo o en materiales. Por ejemplo, invitar a quien hiciera hacer un altar, el púlpito, los candelabros, una campana, los marcos de las ventanas, la puerta mayor, las puertas menores, los cristales, etc... Pero sólo una cosa a cada uno”. Hermoso. Cada uno debía comprometerse con algo que pudiera considerar, con razón, su regalo personal a la iglesia en construcción.

Don Bosco no había estudiado psicología, pero sabía -como saben todos los párrocos, y no sólo ellos- que haciendo cosquillas al legítimo orgullo de la gente también se puede conseguir mucho en términos de generosidad, solidaridad, altruismo. Además, durante toda su vida había necesitado a los demás: para estudiar de niño, para ir a las escuelas de Chieri de joven, para entrar en el seminario como clérigo, para comenzar su labor como sacerdote, para desarrollarla como fundador.

Un secreto

Don Bosco se hace entonces el misterioso con su corresponsal: “Si pudiera hablar con el párroco, podría sugerirle en confianza otro medio; pero lamento confiárselo en papel”. ¿De qué se trataba? Es difícil saberlo. Se podría pensar en la promesa de indulgencias especiales para tales benefactores, pero habría sido necesario ir a Roma y Don Bosco sabía hasta qué punto esto podía causar dificultades con el obispo y otros párrocos también implicados en las mismas frentes de obra. Quizá fuera más probable una invitación confidencial a buscar el apoyo de las autoridades políticas para que apoyaran la causa. La sugerencia, sin embargo, habría sido mejor hacerla oralmente, para no comprometerse ante las autoridades civiles o religiosas, en un momento de feroz oposición entre ellas, con la izquierda histórica en el

poder, más anticlerical que la derecha anterior.

¿Qué más podía decir? Una cosa que era importante para ambos: la oración. Y así se despide de su corresponsal: “Rezaré para que todo vaya bien. Mi único apoyo ha sido siempre recurrir a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora. Que Dios la bendiga y rece por mí, que siempre estaré contigo en G.C. [Jesucristo]”.